

Bertrand Russell: pacifismo político relativo

Bertrand Russell: relative political pacifism

Francisco A. Laca-Arocena

*Universidad de Colima. Archivo Histórico del Municipio de Colima. México /
flarocena@gmail.com*

Abstract: Following Bertrand Russell's biography (1872–1970), logic-mathematician, philosopher, 1950 Literature Nobel prize winner and pacifist militant during almost all the conflictive 20th century, this paper analyzes the double conflict that faces a pacifist: one of civil disobedience to a government that has declared a war, and that of relative social marginalization with a public opinion when this is favorable mostly to that war. After a brief analysis of Pacifism contrasting it with a double tradition in the political Anglo-Saxon thinking, the utilitarianism and the social contract theory, this paper puts emphasis in Russell's personal distinction between “prestige” and “value” wars. He was a pacifist in the First World War considering it a prestige war, but was an opponent partisan to Nazism in the Second World War understanding that it was a combat of values. He will come back to a pacifist activism in his opposition to the Vietnam War. These different stances before war, related to what in each case is in jeopardy, is known as “relative political pacifism” whose most genuine representative was Russell himself.

Key words: relative pacifism, utilitarianism, social contract, public opinion, prestige, values.

Resumen: Siguiendo la biografía de Bertrand Russell (1872-1970), lógico matemático, filósofo, premio Nobel de Literatura 1950 y militante pacifista a lo largo de gran parte del conflictivo siglo XX, se analiza el doble conflicto que afronta un pacifista: de desobediencia civil a un gobierno que ha declarado una guerra y de relativa marginación social con una opinión pública cuando ésta es mayoritariamente favorable a esa guerra. Tras un breve análisis del pacifismo contrastándolo con una doble tradición en el pensamiento político anglosajón, el utilitarismo y la teoría del contrato social, se incide en la distinción personal de Russell entre guerras “de prestigio” y “de valores”. Fue pacifista en la Primera Guerra Mundial considerándola una guerra de prestigio, pero fue partidario de oponerse al nazismo en la Segunda Guerra entendiendo que se trataba de un combate de valores. Volvería a un activismo pacifista en su oposición a la guerra de Vietnam. Estas diferentes posiciones ante la guerra en relación con lo que en cada caso esté en juego, se conoce como “pacifismo político relativo”, cuyo representante más genuino fue el propio Russell.

Palabras clave: pacifismo relativo, utilitarismo, contrato social, opinión pública, prestigio, valores.

Introducción

Desde 1896 —*La Socialdemocracia Alemana*— hasta 1967 —*Autobiografía*— se suceden siete décadas de infatigable productividad intelectual y activismo público en la vida de Bertrand Russell. Activo y lúcido hasta su fallecimiento a los 97 años en 1970, llama la atención observando su bibliografía que publicaría al menos un libro cada año durante setenta años además de innumerables artículos. Es tanto más asombrosa su creatividad cuanto que Russell casi nunca fue el académico aislado en su torre de marfil dedicado exclusivamente a escribir, por el contrario, fue un activista comprometido en múltiples combates por la libertad, la tolerancia y el pacifismo. Es considerado junto a Gottlob Frege uno de los fundadores de la Filosofía Analítica, y junto a Kurt Gödel uno de los lógicos matemáticos más importantes del siglo XX. No trataremos aquí con la atención que merecería el admirable currículo como filósofo y matemático de Russell, siendo el centro de nuestro interés en estas páginas su vertiente como activista por la paz y la tolerancia. Su activismo político incesante a lo largo de su existencia hace más meritorio que encontrarse el tiempo y la energía para una producción tan prolífica en estudios técnicos —en lógica matemática, en filosofía analítica, en historia de la filosofía y en teoría del conocimiento—, así como en ensayos populares sobre las más diversas materias —algunos de los cuales tituló con la ironía de quien se sabe perseguido, *Ensayos Impopulares*—. Fue una figura psicológicamente compleja, intelectualmente parecía tender al pesimismo o al menos al escepticismo pero anímicamente era muy vitalista. En sus *Portraits of Memory* escritos en 1956 cuando ya contaba 84 años, Russell manifestaba haber abogado siempre por un cierto optimismo, aunque a medida que fue envejeciendo el optimismo se hizo más sobrio, pero insistía en que se sentía completamente incapaz de estar de acuerdo con los fatalistas que aceptan que el hombre ha nacido para padecer (Russell, 1976). Noam Chomsky en un ensayo sobre derechos humanos y globalización, citando a Confucio en sus *Anacletas*, describe al maestro ejemplar como: *aquel que sigue intentándolo aunque sabe que es en vano* (Chomsky, 2003: 51). Creo que esta era la actitud de Russell en bastantes de sus combates sociales y que puede considerarse la más heroica en este mundo.

Hijo de un político liberal en la tradición *whigh* (no conservadora) prematuramente fallecido y nieto de un primer ministro de la reina Victoria, Bertrand Russell, huérfano de padres en la infancia, sería educado en el hogar de sus abuelos paternos. En 1880, a los 18 años ingresó en el *Trinity College de Cambridge* donde se graduaría en 1885 en Filosofía y Matemáticas pasan-

do a ser *fellow* —miembro del cuerpo docente—. Los años que precederían a la Primera Guerra Mundial los dedicaría particularmente al trabajo en lógica matemática. Además de publicar con Whitehead *Principios de la Matemática* (1903), va apareciendo su monumental obra, en tres volúmenes —1910, 1912, 1913—, *Principia Mathematica*. Considerada una de las cumbres del pensamiento humano y que por sí sola aseguraría a su autor un lugar entre las figuras académicas del pasado siglo. Su quehacer científico de aquellos años no excluye su interés por los asuntos sociales. En 1907 se une a una asociación de hombres que militaban por el derecho al voto de las mujeres —*Men's League for Women's Suffrage*—. Escribió artículos y dio discursos a favor del sufragio femenino, se presentaría sin éxito como candidato sufragista por el distrito de Wimbledon en unas elecciones parlamentarias.

Los disparos de un joven nacionalista servio que en junio acabaron en Sarajevo con la vida del heredero del trono austrohúngaro y de su esposa provocaron una grave crisis en la Europa del verano de 1914. La Alemania del Káiser Guillermo II y el imperio austrohúngaro del anciano Francisco José de un lado y las democracias francesa e inglesa, paradójicamente aliadas a la autocrática Rusia del zar Nicolás II del otro lado, fueron arrastrando a Europa durante aquel mes de julio hacia el enfrentamiento. En la madrugada del 4 de agosto, concluido el ultimátum dado por Inglaterra a Alemania para que ésta se retirase de la ocupada Bélgica, el primer Lord del Almirantazgo Winston Churchill emitirá desde su despacho un telegrama a todos los buques y bases de la armada británica ordenando se inicien hostilidades contra Alemania (Best, 2007).

1914-1918 La “gran guerra”

Recordaría Russell encontrarse en la mañana de aquel 4 de agosto de 1914 en un club londinense cuando el creciente rumor de multitudes le hizo salir a la calle. Miles de jóvenes marchaban hacia la plaza de Trafalgar cantando reiteradamente el *God Save the King* y gritando felices porque iban a la guerra. Durante toda su larga vida recordaría el asombro que le produjo la alegría exaltada de aquellos jóvenes enviados a una carnicería. Una felicidad similar manifestaban los jóvenes berlineses, parisinos, vieneses o moscovitas como podemos ver en viejos documentales de la época. Los líderes sindicales de la Internacional Socialista habían creído en los años anteriores que una guerra entre países industrializados sería imposible porque las masas de trabajadores de un país se negarían a matarse con los trabajadores de otro país. Familiarizados con las lecturas de Marx o Engels, aquellos líderes sindicales no lo

estaban con la psicología social ni con la psicología de grupos. Todo grupo humano socializa a sus miembros en la dicotomía “nosotros / los otros”, el sentimiento de pertenencia a un grupo constituye una de las primeras identidades que adquiere el individuo. Cuando surge el conflicto con otro grupo, el propio se cohesiona fuertemente, puede llegar a cohesionarse al extremo de que toda reserva o crítica suenen a traición, pero en la misma proporción que el conflicto cohesiona al grupo incrementa el odio al otro grupo en conflicto. Como advierte Amartya Sen, “identidad” y “violencia” son términos que frecuentemente van juntos (Sen, 2007), cuanto más fuerte sea el sentimiento de identificación con un grupo tanto mayor será la cantidad “admisible” de violencia contra quienes se estime que amenazan a dicho grupo. Los jóvenes londinenses que por su alegría ante la guerra asombraban a Russell aquella mañana de agosto, sentían una identificación con la Gran Bretaña y un odio hacia Alemania comparables a los sentimientos recíprocos de los jóvenes alemanes —o parisinos, vieneses o moscovitas—. Comenzaba la que sería conocida como “la Gran Guerra” hasta que veinticinco años después el estallido de otra conflagración aún más salvaje en su desarrollo, especialmente contra las poblaciones civiles, la reduciría a la mera designación ordinal de “Primera” guerra mundial. El discurso de los líderes del momento reprodujo los tópicos para semejantes circunstancias: “Es una guerra que nos es impuesta contra nuestros sinceros deseos de paz”, y un optimismo voluntarista que justificase los sacrificios: “Esta es una guerra para acabar con todas las guerras”. Irónicamente, hay un amplio consenso entre los estudiosos del tema respecto a que aquella “guerra para acabar con todas las guerras” estableció las condiciones para el advenimiento de un nacionalismo vindicativo en Alemania que llevaría al poder al partido nazi, haciendo prácticamente inevitable una nueva guerra a la siguiente generación.

El doble conflicto de un pacifista

Oponerse a una guerra declarada por el propio gobierno y aplaudida por la mayoría de sus conciudadanos sitúa al pacifista ante un doble conflicto: de desobediencia civil al gobierno y de relativo aislamiento social entre sus compatriotas. Un conflicto con el gobierno puede resultar tanto más complejo moralmente cuanto más legitimado aparezca ese gobierno. El gobierno inglés que declaraba la guerra a Alemania en agosto de 1914 era un gobierno democrático para los estándares de la época, bastante más limitados que los nuestros en derechos individuales, por ejemplo todavía las mujeres carecían de derecho al voto, pero aceptablemente democrático en aquel momento.

Por otra parte, en la medida en que muchos conciudadanos cohesionados en el odio al enemigo común, en aquella circunstancia los alemanes, verán al pacifista como alguien egoísta en el mejor de los casos cuando no cobarde o hasta traidor, éste tendrá un segundo conflicto de relativo aislamiento social. Russell sufrirá este doble conflicto, mítines pacifistas en los que intervenía fueron interrumpidos violentamente por airados patriotas, la universidad de Cambridge lo expulsará de su cátedra de Lógica y, finalmente, el gobierno lo encarcelará por unos meses en 1918.

Los partidarios de la no violencia por motivación religiosa como Gandhi o Martin Luther King pueden defender su postura como un imperativo moral absoluto que no requiere entrar en polémicas “seculares”. Podrán ser encarcelados, incluso asesinados por gentes intolerantes como fue el caso de Gandhi y Luther King, pero obedeciendo su pacifismo a un imperativo de conciencia éste no requiere ser argumentado desde una u otra corriente de la filosofía política. Un pacifista agnóstico y racionalista como Russell, para quien la razón y no una fe era el criterio de toda conducta, al menos de toda conducta pública, parece que en algún momento habría de afrontar una doble cuestión: ¿hasta qué límites merece un gobierno nuestra obediencia y lealtad?, ¿hasta qué punto una opinión pública por mayoritaria que sea puede condicionar nuestras opiniones y comportamientos?

El pacifismo frente a dos corrientes del pensamiento político anglosajón

En la cultura occidental y particularmente en el pensamiento político anglosajón de finales del siglo XIX, la reflexión respecto al origen, legitimidad y fines del Estado procedía principalmente de dos corrientes: el utilitarismo y la teoría del contrato social.

Para Jeremy Bentham, cuya *Introducción a los Principios de la Moral y la Legislación* (1789) se considera el acta de nacimiento del utilitarismo clásico, la razón de ser de un gobierno es procurar la mayor cantidad posible de felicidad para el mayor número posible de sus ciudadanos, y su legitimidad dependerá de su voluntad en aplicar políticas para lograr este fin. Para Bentham, que en esto parece un precursor de la psicología conductista, el placer y el dolor gobiernan nuestras vidas, la búsqueda del primero y la huida del segundo determinan cuanto hacemos. Desde este principio del utilitarismo clásico, parece muy difícil defender racionalmente que un estado de guerra incrementase la felicidad del mayor número de personas afectadas por ella. En el límite, podría “justificarse” una guerra desde un utilitarismo exclusiva-

mente económico, de hecho bastantes guerras modernas han tomado el aspecto de disputas de intereses sobre control de materias primas y mercados.

Durante la Primera Guerra Mundial solía oír a los ingleses decir cuán inmensamente se beneficiaría el comercio británico con la destrucción del comercio alemán, cosa que sería uno de los principales frutos de nuestra victoria. Después de la guerra, aunque nos habría agradado encontrar un mercado en el continente europeo, y aunque la vida industrial de la Europa Central dependía en aquellos años del carbón del Rhur, no pudimos obligarnos a permitir que la industria carbonera del Rhur produjese más que una minúscula fracción de lo que producía antes de que los alemanes fuesen derrotados. Toda la filosofía del nacionalismo económico se basa en la falsa creencia de que el interés económico de una nación se opone necesariamente al de las otras (Russell, 2004: 280).

Pero la utilidad económica de una guerra, si la hubiera, finalmente beneficiaría tan sólo a las élites del bando vencedor, todos los miembros del bando perdedor y la mayoría de las poblaciones combatiente y civil del bando vencedor habrían visto sensiblemente mermada su felicidad. En la práctica, el utilitarismo presenta serias dificultades que aquí no tenemos espacio para tratar, baste considerar el llamado “problema del polizón”. Al igual que los polizones pretenden viajar gratis, ciudadanos que saben que obtendrán una serie de servicios tales como la protección de la policía, la educación de sus hijos y, en los países más desarrollados como los de la Europa Comunitaria, una asistencia médica de calidad, podrían negarse a contribuir a la financiación de tales servicios mediante el pago de sus impuestos u otras prestaciones sociales. ¿Qué utilidad tendría contribuir al financiamiento de unos servicios que de todos modos se recibirían aunque no se contribuyese? La cara opuesta al “polizón” la representa el ciudadano de elevados recursos que se resiste a que con sus impuestos se financie una educación y una sanidad públicas de las que él y su familia no se benefician porque pueden costearse servicios privados de mayor calidad. ¿Qué utilidad tiene para los ricos financiar la educación de los hijos de los pobres? Este problema de la financiación de servicios públicos universales y de calidad para una sociedad con el que se enfrenta cualquier gobierno, no tiene solución fácil desde un utilitarismo radical.

Otro problema complejo en relación con el utilitarismo es el de la libertad, que será tratado más detenidamente por John Stuart Mill —*Utilitarismo*, 1863 y *Sobre la Libertad*, 1859—. Como liberal, Mill defendía la mayor libertad posible del individuo y afirmaba que la única justificación para que la sociedad o los gobiernos se entrometan en la libertad de acción de alguien es la propia protección. Nadie debería ser obligado a realizar determinados actos porque sería lo mejor para él o lo que según la mayoría le haría más

feliz o le convendría más. Piénsese en el creciente acoso que en las sociedades modernas padecemos quienes no hemos logrado liberarnos del deplorable vicio de fumar, por no hablar de la exclusión social que ya rodea a los obesos. Obviamente, el argumento para coartar la libertad de fumar o engordar partirá de que con ello nos perjudicamos a nosotros mismos y, sobre todo, a terceros —el fumador perjudica a los fumadores pasivos y los obesos que al parecer enferman más que los delgados terminan colapsando los centros sanitarios con diabetes, cardiopatías y otros cuadros relacionados con la obesidad, amenazando con arruinar los sistemas públicos de salud—. Puesto que el tema aquí es el pacifismo, habría que preguntarse en relación con la libertad del pacifista desde qué defensa de intereses de terceros un gobierno puede reprimirla. ¿El pacifismo de un individuo en una situación de guerra daña a otros? Cualquier gobierno en guerra argumentará que la no contribución al “esfuerzo patriótico” daña a otros. Un individuo aislado que se niegue a combatir no supone ningún peligro para la defensa de su país, mil individuos que se solidaricen con el primero negándose a combatir tampoco supondrían un menoscabo apreciable en la defensa, pero si el ejemplo se extiende —como comenzaba a extenderse entre los jóvenes estadounidenses llamados a combatir en Vietnam—, es decir si un millón de jóvenes en edad de ser enviados a la batalla abrazan el pacifismo en lugar de abrazar sus fusiles, el gobierno argumentará que el pacifismo está entregando el país al enemigo y con ello dañando al resto de sus compatriotas incluidas sus propias familias —aunque en la realidad la mayoría de las familias preferirían no ver al hijo partir a la guerra—.

Otra corriente del pensamiento político anglosajón, el contrato social, tiene su antecedente en Hobbes y en su principio de que los humanos somos seres motivados por un común temor a la muerte. Si la legitimidad de un gobierno, según los utilitaristas, depende de su voluntad y capacidad para incrementar la mayor felicidad posible para el mayor número posible de ciudadanos, para Hobbes, más modesto en sus aspiraciones o más pesimista sobre la naturaleza humana, la justificación de la existencia de gobiernos está en impedir que las personas se maten entre sí. Pensaba Hobbes que en un “estado natural”, pre-político —como en el que se había sumido Inglaterra en la guerra civil inmediatamente anterior—, los hombres hacen bueno el adagio clásico de ser lobos del hombre. El estado natural del hombre, siguiendo a Hobbes, sería la guerra de todos contra todos, donde la vida de cada uno es violenta, miserable y breve. En algún momento —un momento mítico—, los hombres cederían su libertad al Estado, el Leviatán. Como bien señala Ian Shapiro, nunca hubo un contrato social en el origen de los Estados. Algunos

autores quisieran ver en el nacimiento de los Estados Unidos de América un ejemplo aproximado de contrato social —la Declaración de Independencia, la Carta Magna y los derechos individuales que contenía—; sin embargo, aquel “contrato” dejaba fuera a todas las mujeres, a los indios nativos y a los esclavos negros, de hecho mantenía la esclavitud de estos últimos (Shapiro, 2007).

Si como apuntábamos resumiendo la perspectiva utilitarista, no parece defendible argumentar que una guerra incrementa la felicidad de las poblaciones afectadas, tampoco parece razonable pretender que un gobierno estaría cumpliendo “su parte del contrato” con sus ciudadanos, la parte esencial de proteger sus bienes y sus vidas, enviándoles a una guerra. Ni desde el utilitarismo ni desde la teoría del contrato social se obtendrían argumentos con los que pudieran un gobierno belicista y unos ciudadanos pacifistas confrontar racionalmente sus posturas.

Respecto al segundo conflicto que un pacifista afrontaría oponiéndose a una guerra popular, nos preguntábamos ¿hasta qué punto una opinión pública por mayoritaria que sea puede condicionar nuestras opiniones y comportamientos? La mayoría del pueblo británico durante la Primera Guerra Mundial era claramente favorable a la guerra, como lo eran el resto de pueblos en aquella contienda con la posible excepción del ruso, lo cual favorecería la revolución de 1917 que ofrecía sacar a Rusia de aquella guerra. Hemos visto en tiempos recientes en los Balcanes a diferentes pueblos justificando genocidios étnicos. Contra lo que los demagogos populistas han pretendido siempre, que los pueblos no se equivocan y *Vox Populi, Vox Dei*, la historia nos muestra reiteradamente desde el entusiasmo popular en siglos pasados por presenciar quema de pobres mujeres acusadas como brujas en toda Europa, ver guillotinar a aristócratas en París o linchar negros en Alabama, que las masas no son buenos referentes éticos y en las guerras tienden a ser más bien todo lo contrario. En una conferencia pronunciada en 1959 sobre el pensador utilitarista y liberal John Stuart Mill, Isaiah Berlin planteaba una seria reserva al principio utilitarista que mencionábamos de buscar la mayor felicidad para la mayor cantidad posible de gente, reserva que basaba precisamente en la “calidad moral” de las mayorías. *¿Por qué los hombres racionales deberían tener más derecho a la satisfacción de sus fines que los irracionales. Si el solo motivo justificante de las acciones fuese la mayor felicidad para el mayor número posible y el mayor número rara vez es racional?* (Berlin, 2000: 285). Puesto que en cualquier sociedad conocida hasta ahora el número de las gentes de poca cultura o, peor aún, de poca racionalidad es abrumadoramente mayor que el de las personas racionales y tolerantes, constituyendo así las opiniones públicas, en expresión de Tocqueville (1805-1859) una auténtica *tiranía de*

las mayorías (Shapiro, 2007: 85), la reserva de Berlin nos parece muy oportuna. Russell irá más allá incluso de la irracionalidad atribuida por Berlin a las mayorías, hablará de la destructividad y la amargura de estas mayorías, particularmente en las situaciones de conflicto. *Encuentro muchos hombres en nuestra peligrosa época que parecen enamorados de la miseria y la muerte, y se enfurecen cuando se les sugiere la posibilidad de abrigar esperanzas* (Russell, 2005: 166). Finalmente, será desde una combinación de valores y evaluación racional de costes desde donde Russell se opondrá a la participación de su país en la Primera Guerra Mundial, pero aceptará el combate en la Segunda, para retornar al final de su existencia a una contundente oposición a la intervención armada estadounidense en Vietnam.

Pacifismo en acción

En una fecha tan temprana en la guerra como el 15 de agosto de 1914, apenas diez días después de que Gran Bretaña hubiera declarado la guerra a Alemania, Russell escribía en la revista *The Nation*:

Hace un mes, Europa era un pacífico grupo de naciones; si un inglés mataba a un alemán, era ahorcado por asesinato. Ahora si un inglés mata a un alemán, o si un alemán mata a un inglés, son patriotas. Repasamos los periódicos con ojos ansiosos buscando noticias de carnicerías, y nos regocijamos cuando leemos sobre jóvenes inocentes, ciegamente obedientes al mando, abatidos a miles por la maquinaria de guerra en Lieja. Aquellos que vieron a las multitudes londinenses durante las noches que llevaron finalmente a la declaración de guerra, vieron cómo toda una población hasta entonces pacífica y humana, se precipitaba en pocos días en una barbarie primitiva, arrastrada por una lujuria de sangre y odio contra todo aquello por lo que se han construido las sociedades (Russell, 1914).

Se aprecia en esta inicial oposición de Russell a la guerra un horror por la violencia que ésta desencadena sin límite, así como también la indignación por el fanatismo que propaga entre la mayoría de la gente. Se ha dicho repetidamente, especialmente por profesionales del periodismo, que la primera víctima en la guerra es la verdad —por acción de la propaganda, la censura, la desinformación y la contra información, etc.—, en todo caso no cabe duda de que la compasión y la inteligencia están entre las primeras víctimas de cualquier guerra. En defensa de ambas características de lo mejor de la humanidad, compasión e inteligencia, combatirá Russell durante los años de la guerra adelantando lo que será su característica principal el resto de su larga vida como militante en diversas causas civiles. Junto a su amigo el pacifista Clifford Allen, Russell participa en la creación de una asociación por el no

reclutamiento —*No-Conscription Fellowship*— con el propósito de oponerse a la introducción del reclutamiento obligatorio. La aprobación en enero de 1916 de la *Military Service Act* que convertía a todos los varones entre 18 y 41 años en susceptibles de ser incorporados inmediatamente al ejército, llevó a la asociación de Russell y Allen a realizar campañas para persuadir al mayor número posible de reclutas a que rechazasen su incorporación al ejército. Independientemente de que no tuvieron mucho éxito en esto y los casos de objeción de conciencia en Inglaterra durante aquella guerra fueran relativamente escasos —merecen recordarse aquí los ejemplos de Herman Hesse en Alemania y Romain Rolland en Francia—, Russell sufrirá la primera sanción por parte de las instituciones, es desposeído de su plaza de profesor en la universidad de Cambridge. Cuando su amigo y compañero de activismo pacifista Clifford Allen es encarcelado por negarse a su propio reclutamiento, Russell pasa a ser el presidente de la citada asociación por el no reclutamiento. Fue también uno de los cofundadores de la “Unión por el Control Democrático” —*U D C, Union of Democratic Control*—, considerada la más importante de las organizaciones antibelicistas durante esos años de la Primera Guerra Mundial. Como su nombre indica, esta organización exigía el control democrático por parte del Parlamento de la política exterior de Gran Bretaña, reclamaba negociaciones de paz inmediatas y advertía que si la guerra proseguía hasta que uno de los bandos fuera derrotado, las naciones victoriosas no deberían imponer condiciones duras a las naciones derrotadas. Lo que acabaría sucediendo al final fue exactamente lo contrario, las potencias vencedoras entre las que se hallaba Gran Bretaña impusieron en el Tratado de Versalles a la derrotada Alemania unas condiciones innecesariamente duras y humillantes que contribuirían a crear en Alemania unas condiciones sociales propicias al nacionalismo vindicativo que representaría el partido nazi.

A través de un siglo tan cambiante y conflictivo que haría buena la advertencia de Trotsky de que quien deseara una vida pacífica no debería haber nacido en él (Berlin, 2000). Russell será o no pacifista en relación con los valores amenazados en cada situación específica. Entendió siempre que entre los Estados no existe un orden legal equiparable al existente dentro de cada uno de ellos, donde policía y jueces mantienen el orden aplicando las leyes lo cual, independientemente de que éstas no sean las mejores y requieran de continuas reformas, tiene la virtud de evitar guerras entre individuos o entre grupos particulares. Entre los estados, pensaba Russell, existe una ficción de orden jurídico construido mediante tratados con vigencia hasta que alguno de los firmantes estime que dicho tratado perjudica sus intereses. *Una nación cuya diplomacia haya sido hábilmente conducida siempre encontrará, cuando*

crea que sus intereses piden una guerra, algún tratado o acuerdo que haga su intervención armada conforme al juego diplomático (Russell, 1915: 2).

Pocos meses después de iniciarse la guerra, Russell ya avanzaba en un artículo publicado en enero de 1915 el pacifismo relativo que constituiría básicamente su credo. Creía necesario, ante cualquier guerra, considerar no su “justificación sobre el papel” (*paper justification*), sino su justificación real en la balanza de bienes y males que aporte a la humanidad (Russell, 1915). Inglaterra, por ejemplo, entró en ambas guerras mundiales por la misma causa “sobre el papel”, socorrer a un país invadido por Alemania. En el primer caso, Inglaterra declaró la guerra a Alemania cuando ésta ocupó Bélgica violando su neutralidad (4 agosto 1914); en el segundo caso, declaró la guerra a Alemania cuando ésta invadió Polonia (1 septiembre 1939). Sobre el papel de los tratados que comprometían a Gran Bretaña en la defensa de Bélgica y Polonia, ambas circunstancias eran jurídicamente muy similares. Sin embargo, Russell se opuso firmemente a la participación de Gran Bretaña en la Primera Guerra Mundial y aceptó como un mal menor necesario la participación en la Segunda. Pensaba que la Alemania del Kaiser era un régimen autoritario y “algo fanfarrón” pero en ningún caso una amenaza a lo que entendemos por “civilización Occidental” y a las libertades básicas que ésta ha ido dándose lenta y penosamente. Se opuso a una guerra cuyo coste en jóvenes vidas y penalidades para las poblaciones afectadas no se justificaba por nada de lo que en aquel conflicto estaba en juego. Por el contrario, no sería pacifista veinticinco años después en la Segunda Guerra Mundial ante la amenaza de la Alemania nazi contra todo atisbo de libertad y dignidad para millones de seres humanos. Incluso, a finales de la década de 1940 llegaría a reclamar algún gesto de seria advertencia por parte de las democracias contra la expansión estalinista en la Europa Oriental (Russell, 2008). Atendiendo al equilibrio de bienes y males en juego en cada situación, la victoria de Alemania en la Primera Guerra Mundial no hubiera cambiado nada apreciable en la vida de los europeos; por el contrario, la victoria de Hitler hubiera convertido el continente europeo en un gran campo de concentración y exterminios étnicos y no solo étnicos. Como advirtiera Churchill, el triunfo de la Alemania nazi devolvería Europa a una nueva Edad Media, quizás más siniestra y prolongada que ninguna, gracias al empleo de una ciencia pervertida (Best, 2007). Russell supo apreciar claramente la gran diferencia entre 1914 y 1939; era pacifista relativo, no suicida.

En aquellos meses iniciales de la guerra europea, Russell clasificaba básicamente las guerras en cuatro clases: (1) guerras de colonización, (2) de principios, (3) de autodefensa, y (4) de prestigio (Russell, 1915). Encontraba

ampliamente justificables las dos primeras clases, ocasionalmente la tercera y nunca la cuarta. Consideraba la Primera Guerra Mundial como claramente perteneciente a la cuarta clase, una guerra de prestigio entre potencias europeas, mientras la guerra contra la Alemania nazi será una lucha por principios. Hoy, conocida su posterior trayectoria pública desde su pacifismo en la Primera Guerra Mundial hasta su enérgica oposición en los años sesenta a la intervención estadounidense en Vietnam, puede parecernos sorprendente que justificase alguna vez las guerras coloniales. Entendía por guerras de colonización aquellas libradas durante los siglos XVI al XIX por potencias europeas como Francia, España, Portugal y la propia Gran Bretaña que ocupando la práctica totalidad del planeta (América del Norte y del Sur, Oceanía, extensas partes de Asia y África) propagaron por todo el mundo la civilización nacida en la orilla occidental del Mediterráneo, lo cual nunca dudó Russell que, finalmente, fuera positivo en la historia de la humanidad (Russell, 2004).

La era nuclear: el equilibrio del terror

El 11 de abril de 1955, una semana antes de su muerte, Albert Einstein firmaba la que sería su última carta, dirigida a su viejo amigo y compañero en la lucha por el pacifismo y el desarme Bertrand Russell. Con su carta, Einstein se sumaba a un manifiesto de científicos coordinado por Russell urgiendo a todas las naciones a renunciar a las armas nucleares (Pais, 1982; Russell, 2008). Quince años atrás, el 2 de agosto de 1939 pocas semanas antes del inicio en Europa de la Segunda Guerra Mundial, preocupado tras la visita de su amigo el físico húngaro Leo Szilard quien le expuso sus temores de que la Alemania nazi tuviera el proyecto de liberar energía nuclear con propósitos bélicos, escribía Einstein otra carta, en aquella ocasión dirigida al presidente Franklin D. Roosevelt. La administración Roosevelt tras consultar con otros científicos que dieron verosimilitud a la alarma contenida en la carta de Einstein, encargó a Robert Oppenheimer coordinar el *Proyecto Manhattan* destinado a fabricar una bomba atómica. Cuando en un amanecer de comienzos de julio de 1945 estallaba con éxito el primer prototipo de una bomba atómica en Alamogordo, se iniciaba en el silencio del desierto de Nuevo México la era nuclear. El secreto tan sólo duraría un mes hasta que el 6 de agosto de 1945 se hizo ejecutiva la decisión de Truman de optar por la alternativa propuesta por varios de sus consejeros, arrojar la bomba sin previo aviso sobre una gran población civil japonesa que no hubiera sido previamente bombardeada para calibrar mejor los efectos únicos de la bomba, y el infierno cayó sobre la ciu-

dad de Hiroshima. A partir del verano de 1949 cuando la Unión Soviética obtiene también la bomba atómica, el mundo entrará en la pesadilla de una constante amenaza de posible destrucción total mutua entre los dos grandes bloques enfrentados a lo largo de cuatro décadas, lo que se conocerá como “la Guerra Fría”.

Llamábamos aquí “pacifismo político relativo” a la opción de evaluar ante cada conflicto sus verdaderas justificaciones y las consecuencias previsibles que tendría afrontarlo o eludirlo, veíamos que en 1914 Russell encontraría totalmente injustificada una guerra de prestigio pero inevitable en 1939 una guerra de valores. Reconocemos la dificultad de distinguir en muchas circunstancias bajo las mentiras de todas las propagandas qué valores están realmente amenazados o no. Por ejemplo, el nacionalismo como amor a la colectividad propia, su cultura, su lengua, sus tradiciones, para mucha gente es un valor indudable. Thomas Mann en aquel momento ferviente nacionalista justificó la Primera Guerra Mundial alineándose con su país, Alemania. Pero cualquier valor puede hipertrofiarse no dejando espacio a otros valores y así el nacionalismo puede degenerar en racismo e imperialismo agresor; abandonando su país y ya desde el exilio Thomas Mann justificará igualmente la Segunda Guerra Mundial pero esta vez “cambiando de trinchera” como única alternativa de parar a Hitler. Su compatriota Herman Hesse, para quien en ningún caso el nacionalismo podía ser un valor que justificase una guerra, *las ebriedades históricas y políticas encontraron a Hesse siempre sobrio* (Magris, 2001: 216), a diferencia de Mann y de Russell defenderá un pacifismo radical en ambas contiendas. Se podría discutir hasta la saciedad si ante una amenaza como era el nazismo, el pacifismo de Hesse era una opción realista; se podría contestar que si mucha gente tuviera la humanidad que siempre demostró Hesse el nazismo nunca hubiera sido una amenaza real; se podría discutir incesantemente. El arma nuclear viene a poner fin a tal discusión, la eventualidad de su posible uso haría que los supervivientes en una guerra nuclear, si los hubiera, desearían no haber sobrevivido. Abrumado por las consecuencias que se iban conociendo de las bombas atómicas arrojadas sobre poblaciones japonesas en agosto de 1945, Szilard preguntaba a Einstein hacia qué nuevas espirales de destrucción nos encaminamos, ¿cuáles serán nuestras armas en una Tercera Guerra Mundial? *–No tengo idea–* respondió Einstein. *–Pero puedo decirle cuáles usarán en la Cuarta, las piedras–* (Pérez-Gay, 2006: 49). Un retorno de la humanidad a la Edad de Piedra es, incluso, una hipótesis optimista si en una próxima guerra mundial las principales potencias que no permanecerían neutrales utilizarasen siquiera una mínima parte de sus arsenales nucleares actuales. Una de esas evaluaciones periódicas que

la Defensa de Estados Unidos hacía durante la Guerra Fría respecto a los costos en vidas estadounidenses de un primer ataque nuclear soviético, cifraba en aquella ocasión en 49.900.000 las personas que fallecerían. Lo cual en la mente de algunos estrategas no parecía tan terrible porque quedarían todavía estadounidenses con vida para responder con otro ataque nuclear. El psicólogo Erich Fromm, tras ironizar sobre tal cifra que recordaba la manera en que se ponen los precios en los grandes almacenes (49.90 dólares ya parece más barato que 50 dólares), se preguntaba *¿No estamos locos? En caso de una epidemia de polio o de gripe, cada uno haría todo lo posible por protegerse a sí mismo y a su familia. Ante la mayor de todas las amenazas para nosotros mismos y para el género humano, apenas reaccionamos, quedamos pasivos y callados. ¿No estamos locos?* (Fromm, 1993: 14). Alguien que nunca se quedó pasivo, nunca se calló ante el absurdo de una convivencia sustentada en el siempre amenazado equilibrio del terror, el terror de la destrucción mutua asegurada (MAD por sus siglas en inglés), fue Bertrand Russell. En su ancianidad era frecuente verlo en medio de manifestaciones contra diversas injusticias pero, sobre todo, en manifestaciones por la renuncia a las armas nucleares. Contaba ya 89 años cuando en 1961 nuevamente el gobierno inglés lo encarceló brevemente por participar precisamente en una concentración antinuclear.

El tribunal Russell contra crímenes de guerra en Vietnam (1967)

Uno de sus últimos combates públicos será su intento por aplicar a los Estados Unidos, por su intervención armada en Vietnam en la década de 1960, la misma legislación contra crímenes de guerra que éstos habían aplicado a los derrotados nazis en los juicios de Nuremberg en 1946. En las dos décadas transcurridas desde el final de la Segunda Guerra Mundial, se había mantenido el tópico de que todos los crímenes contra la humanidad habían sido cometidos sólo por un lado, la Alemania nazi y Japón. Se silenciaba el terror aéreo desencadenado contra poblaciones civiles alemanas, por ejemplo el innecesario bombardeo incendiario de Dresde en febrero de 1945 cuando ya Alemania estaba derrotada, no se insistía en el genocidio de las poblaciones de Hiroshima y Nagasaki objetivos de las bombas atómicas utilizadas por Estados Unidos, y pese a la propaganda de la Guerra Fría ni siquiera se denunciaba con el exigente rigor los genocidios cometidos por Stalin. Aunque sólo fuera por evidenciar que cualquier nación en guerra comete crímenes injustificables, la actitud de Russell contra la política estadounidense en Vietnam merece reconocimiento. En enero de 1967 aparece publicado por su editor habitual Allen & Unwin, *Crímenes de guerra en Vietnam*. Mal acogido por la prensa

mayoritariamente pro-estadounidense, el libro se vendió bien y fue traducido a diversos idiomas. Sostenía, como el propio título indicaba, que los crímenes de guerra de que se acusó y por los que se condenó a los nazis en Nuremberg estaban siendo cometidos en aquel momento por el ejército estadounidense contra el pueblo vietnamita. En este mismo año, 1967, se constituyó en Estocolmo lo que se ha conocido como Tribunal Russell para oír testimonios de la conducta de la guerra en Vietnam por los Estados Unidos. Testimonios sobre el bombardeo de poblaciones civiles, escuelas y hospitales, torturas y trato degradante a prisioneros, lo que desafortunadamente hemos vuelto a ver cuarenta años después en la ocupación estadounidense de Irak. Cabría cuestionarnos hasta qué punto los derechos humanos son hoy mejor defendidos de lo que lo fueron hace cuarenta años, si consideramos que hoy no contamos con un Bertrand Russell que sentase en el banquillo de los acusados, siquiera simbólicamente, a los Estados Unidos por sus crímenes en Irak.

Bertrand Russell propugnó en la primera mitad del pasado siglo un pacifismo racional que aquí hemos llamado relativo, pero en las tres décadas de Guerra Fría que le tocó vivir bajo la amenaza nuclear fue rotundamente, incuestionablemente, infatigablemente, un pacifista nada relativo. En lo que valgan, si algo valen, las reflexiones aquí esbozadas no han pretendido ser otra cosa que un recordatorio respetuoso a Bertrand Russell, una de esas infrecuentes personas que añoran y echan en falta hasta quienes no le conocieron. Un referente moral de prestigio mundial que, desafortunadamente para nosotros, no parece haber dejado quien le sustituyera. Todos somos necesarios pero muy pocos son realmente insustituibles, Russell fue uno de esos pocos insustituibles en el combate contra las tinieblas de la intolerancia, la violencia y la injusticia.

Bibliografía

- Berlin, Isaiah (2000), Conferencia “John Stuart Mill y los fines de la vida”, pronunciada en Londres el 2 diciembre 1959. Reproducida en I. Berlín, *Cuatro ensayos sobre la libertad*, Madrid: Alianza Editorial, Alianza Universidad (2000).
- Best, Geoffrey (2007), *Luces y sombras de la grandeza. Winston Churchill*, Barcelona: Vergara Grupo Zeta.
- Chomsky, Noam (2003), “Recuperación de los derechos: Un camino sinuoso”, en Mathew J. Gibney [ed.], *La globalización de los derechos humanos*, Barcelona: Crítica.
- Fromm, Erich (1993), *Ética y política*, Barcelona: Paidós, colección Paidós Studio, núm. 94.
- Magris, Claudio (2001), *Utopía y desencanto. Historias, esperanzas e ilusiones de la modernidad*, Barcelona: Anagrama, colección Argumentos, núm. 257.

- Pais, Aron (1982), *Subtle is the Lord. The science and the life of Albert Einstein*, Oxford y New York: Oxford University Press.
- Pérez Gay, José María (2006), *La supremacía de los abismos*, México: La Jornada Ediciones.
- Russell, Bertrand (1914), *The Nation*, 15 agosto.
- Russell, Bertrand (1915), "The ethics of war", en *International Journal of Ethics*.
- Russell, Bertrand (1976), *Retratos de memoria*, Madrid: Alianza.
- Russell, Bertrand (2004), *Ensayos impopulares*, Barcelona: Edhasa, Colección Los Libros de Sísifo.
- Russell, Bertrand (2005), *Lo mejor de Bertrand Russell*, en Selección de Robert Egner, Barcelona: Edhasa, Colección Los Libros de Sísifo.
- Russell, Bertrand (2008), *Autobiography*, London & New York. Routledge.
- Sen, Amartya (2007), *Identidad y violencia. La ilusión del destino*, Buenos Aires: Katz, colección discusiones.
- Shapiro, Ian (2007), *Los fundamentos morales de la política*, México: El Colegio de México.

Francisco Augusto Laca Arocena. Doctor en Psicología por la Universidad del País Vasco (España). Investigador de análisis del conflicto en la Universidad del País Vasco. Profesor cooperante internacional (Agencia Española de Cooperación Internacional AECI) de 2000 a 2003. Desde 2003 profesor investigador de tiempo completo en la Universidad de Colima (México). Desde 2006 miembro del Sistema Nacional de Investigadores (nivel I). Ha publicado artículos en revistas indizadas de España, México, Estados Unidos, Costa Rica y Colombia sobre comunicación y conflicto, comunicación intercultural, bienestar subjetivo y bienestar laboral de docentes. Líneas de investigación: Análisis y resolución de conflictos, toma de decisiones y bienestar laboral. Publicaciones recientes: con Mejía, J. C. y Mayoral, E. (2011), "Conflict Communications, decision-making, and Individualism in Mexican and Spanish University Students", en *Psychology Journal*, vol. 8(1); (2009), "Albert Einstein: un sionismo pacifista", en *Acta Universitaria*, vol. 19(1); Mejía, J. C., Laca, F. y Gondra, J. M. (2009), "Factores de personalidad, afectivos y sociodemográficos en la predicción de la satisfacción laboral de docentes", en *Psicología y Salud*, vol. 19(1).

Recepción: 04 de agosto de 2009.

Aprobación: 19 de octubre de 2010.